TERCERA PARTE

Teltauen, Mes de Rayab de 1276.

I

En el nombre del Dios Clemente y Misericordioso.

He aquí la historia que para recreo del Cherif Sidi El Hach Mohammed Ben Jaher El Zebdy, escribe su amigo y protegido Sidi El Hach Mohammed Ben Sur El Nasiry.

Es ésta la guerra del Español desde que apareció en el valle de Tettauen, y se refiere con verdad y estimación natural de todos los hechos presenciados por el narrador, para que los venideros conozcan la brava defensa que de su religión venerada hacen los hijos de El Mogreb El Aksá.

Nuestros aborrecidos hermanos, los de la otra banda, los hijos del Mogreb El Andalus, avanzaron desde Sebta hasta El Medik, sosteniendo combates terribles con nuestros valientes montañeses y tropas regulares. El número de cristianos que perecieron en aquellas refriegas no se puede calcular; los moros perdimos escaso número, y en casi

todos los encuentros quedábamos vencedores. El avance de los españoles, tras tantos
descalabros, y su paso de un terreno á otro,
no se explica sino por combinaciones astronómicas, mágicas y cabalísticas, cuyo secreto tienen aquellos Generales y que los nuestros no han podido penetrar. El enemigo
consulta de día la marcha del Sol, de noche
las posiciones de los astros que esmaltan de
bellas luces el firmamento, y combinando
estos signos con las cifras y figuras que en
unos deformes libros traen, del estudio de
todo ello sacan la pauta de sus movimientos, que siempre resultan hacia adelante,
nunca hacia atrás.

Pero estas artes mágicas no les valdrán: para desbaratarlas y confundir á los infieles, nos basta con las dotes singulares de nuestro caudillo Muley El-Abbás, asistido de las bendiciones de Allah, que le tiene por ejecutor de sus altos designios. Si es fuerte con su espada, no lo es menos con sus oraciones. En ellas dice: "¡Oh profeta, excita los creyentes al combate! Veinte hombres tuyos aniquilarán á doscientos infieles..., En el alto de Kal-lalin, que los enemigos llaman Torre Geleli, tiene su campamento el hermano del Sultán, y desde allí, con el milagroso anteojo de aumento que le regaló el Inglés, observa las posiciones y movimientos de los infieles. Nada se le escapa; no se mueve una mosca en el campamento cristiano, sin que nuestro General se entere, asistido además por referencias que le traen numerosos espías, ora renegados, traicioneros á su patria, ora fieles berberiscos que, fingiéndose locos ó enfermos, van á mendigar al campo español.

¡Loor á Allah único! He visitado al Príncipe marroquí en su lujosa tienda: la confianza brilla en su noble rostro; ha preparado tan bien sus planes, que ya no tiene nada que hacer, y espera tranquilamente que el enemigo se mueva, para disponer salirle al encuentro y atajar sus pasos. Confiado en la protección del Cielo, no sólo practica la oración mañana y tarde á las horas que marca la ley, sino que recomienda á sus ascaris y á los jefes de ellos que ante todo cuiden de practicar la oración... En el momento del combate, mientras unos pelean, otros deben rezar... alternando en la matanza y en el rezo. Por eso les dice: Allah es vencedor...

Los infieles ocupan su tiempo en ridículos preparativos. Han levantado un fuerte que llaman de la Estrella, donde se les ve afanados en trabajos semejantes al trajín de las hormigas... Sabemos que al campo de O'Donnell ha llegado un Príncipe francés, emparentado con la familia Real de España (1); es hijo de un hermano del esposo de la hermana de la Reina, y parece que trae la misión de instruir á los españoles en ciertos particulares de la guerra del Francés en Argelia... inútil ciencia, pues lo que venció á los argelinos fué su falta de fe y no el va-

⁽⁴⁾ El Coude de Eu.



lor de la Francia. No hay semejanza entre la Argelia y El Mogreb, pues éste antes que militar es creyente, y perdura en las vías de Allah... Allah es la fuerza; Allah es la astucia militar y el amparo de las naciones... Aguardamos, pues, tranquilos el choque de armas que ha de poner fin á esta guerra... Los infieles perecerán en las lagunas de Guad el-Gelú como en las aguas del mar Bermejo pereció Faraón, cuando iba en perseguimiento de los hijos de Israel, conduci-

dos por Moisés ó Mouçá.

Alabanzas á Dios Misericordioso, que ayer ordenó el movimiento de nuestros Ejércitos. Queriendo ver de cerca la gloria del Islam, me agregué al séquito del victorioso Muley El Abbás... El día era hermoso, día dispuesto por Allah con todo esplendor de luces y limpieza de ambiente para que el triunfo fuera más visible en la tierra y en el cielo. Muy temprano vino del campo español ruido de salvas. Nadie sabía la razón de aquel cañoneo; yo, que por mis aficiones al estudio entiendo un poquito de la historia de nuestros enemigos, expliqué el suceso brevemente. El día de ayer corresponde á un día en que los cristianos aclaman y santifican á los reyes suyos que se llamaron Alfonsos, y al Príncipe heredero de la Corona, que también lleva este nombre... Desde que oyeron las salvas querían nuestros valientes guerreros lanzarse á destruir el fuerte que los hispanos construían; mas el General tuvo especial empeño en contenerlos, á fin de madu-

rar el plan de ataque, y disponer las fuerzas del modo más conveniente para quitar á los españoles el fuerte. No cesaba de mirar al campo y á las posiciones de ellos, como si con sus ojos asistidos del catalejo quisiera medir las distancias, y anticipar los pasos de unos y otros. Yo admiraba su celo por la causa de la fe, y la paciencia que ponía en ordenar sabiamente sus disposiciones. Por fin, al filo de mediodía soltó El-Abbás la gente de á pie que se abalanzó contra la izquierda de los españoles, y mientras éstos respondían al ataque avanzando hacia nosotros, nuestra Caballería se lanzó como tempestad para embestir por su flanco derecho á los infieles. ¡Qué hermosa carrera la de tantos hombres á caballo, enardecidos y locos de ira contra la usurpación! Caballo y jinete parecían en cada uno de una sola pieza, y en ésta un corazón ardiente irradiaba el fuego de la pasión guerrera. Nunca ví Caballería más fiera y gallarda. ¡Loor...! La paz sea con el que sigue el buen camino.

Descollaban en aquel volador enjambre los facies ó jóvenes voluntarios venidos de Fez, de Zarhun y de Ait Yammuz, con vistosos arreos y pulidas armas, y furibundas ganas de morir por la fe. A esta noble y distinguida tropa pertenece el ya famoso guerrero El Horain, apodado Abu-Riala, que en las acciones de Cabo Negro realizó prodigios de valor y temeridad sólo comparables, según se dice, à las hazañas de los compañeros del Profeta. Cuentan que en lo más

recio de las peleas se arroja este divino Abu-Riala (el del duro) en medio de las filas enemigas, tremolando un pendón amarillo, sin otra fianza que su esforzado corazón y el ardimiento de su caballo. El grito de guerra, para llevarse tras sí á los que quieren ser émulos de su valor, es éste: Adelante; yo soy vuestro escudo invulnerable. Sobrenatural prodigió es que vuelva siempre sin que le causen la menor herida ni las balas ni el acero de los españoles... Debemos explicar este milagroso caso por la protección que dan los invisibles ángeles guerreros al bueno, al creyente y heróico soldado de Allah.

Desde mi puesto en el séquito del General contemplé la fogosa Caballería. Los de vista larga que me rodeaban gritaron roncos de entusiasmo: "Allí va el santo combatiente, el gigante Abu Riala, corazón de Dios y brazo del Profeta. Ved su estandarte amarillo: ved su mano poderosa señalando al Cielo; ved la cabeza de su caballo hendiendo las filas españolas., Esto me decían que viera y mirara; mas yo no veía sino una confusión de patas de animales, y de cabezas y brazos de hombres corriendo en espantoso torbellino. Yo miraba más bien hacia mi derecha, donde ocurría lo más interesante de la acción. Por lo poco que ví y lo poco que me decían, entendí que un gran número de españoles se metió en un terreno que había sido encharcado previamente, sangrando el Alcántara. La risa que soltó el General me indicó que allí les quería ver, y que la entrada de los españoles en los pantanos era el error por él previsto, y por su astucia preparado para ganar fácilmente la batalla...

Las exclamaciones gozosas de nuestra gente indicáronme que estaban cogides en la trampa los pobres españoles, y que ya no teníamos que hacer más que una cosa bien fácil: rematarlos allí tranquilamente y sin riesgo. Mas lo que yo creí cacería de patos, fué cosa distinta: los malditos patos, ó sea españoles, formaron con gran presteza el cuadro, táctica que no se ha enseñado á los de acá, y fortalecidos de este modo, no pudo hostilizarlos la Caballería por la blandura del suelo en que tenía que maniobrar. Quedaba, sí, el recurso de atacar el cuadro á pie: ya iban á ello nuestros valientes moros; ya se cruzaban armas con armas; ya caian algunos de allá con las cabezas hendidas, y los de acá con las barrigas ensartadas... Teníamos gente de sobra; podíamos dar cuenta de ellos... pero jay! Satán maldito, que rara vez deja de introducirse en estas decisivas luchas, tomando partido por los infieles, puso en movimiento á la muchedumbre de tropas del llamado Tercer Cuerpo, para venir en socorio de los que tenían jugada la vida en el pantano... ¡Allah disperse á los injustos!

Aterrado ví yo las tropas á pie y á caballo que venían como á distancia de dos tiros de fusil. Pareciéronme millones de hombres, y á medida que su paso veloz acortaba la distancia, se me representaban en mayor nú-

mero. Con risa de júbilo, Muley Abbás y los que le acompañaban exclamaron: "No pueden, no pueden llegar á socorrerlos,... "¿Por qué?,... "Porque entre esas tropas y el terreno fangoso donde está el cuadro no hay más que pantanos, lagunas hondas, donde perecerán sin remedio ¡Allah los precipite!, Evidente, como los hechos fatales de la Naturaleza ciega, parecía esto; mas no lo fué, porque Satán perverso, enemigo de los creventes, lo arregló de modo que los españoles que venían al socorro no temieran meterse en el agua hasta la cintura... Yo les vi, nadie me lo contó... vo les ví atravesar las charcas, alzando los brazos para que no se les mojaran el fusil y los cartuchos que en sus manos traían... y en esta postura hicieron un fuego tan horroroso contra los nuestros, que no parecía sino que el Infierno desataba toda su furia.

Personas prácticas del campamento, que ya conocen á todos los caudillos españoles como si los hubieran parido, me contaron por la noche que vieron al General Ros de Olano, al Brigadier Galiano, y al propio General O'Donnell, atravesar la laguna con el agua hasta la cincha del caballo, dando á todos ejemplo de valor, y arengándoles con voces roncas para que no temieran al agua, como no temían al fuego. ¡Ah, sin las artes infernales empleadas en favor vuestro por maléficos espíritus, qué sería de vosotros, pobres hijos de España!... Esto pensaba yo, caído en gran tristeza al ver que nuestros

montañeses bravos y nuestros atrevidos jinetes facies se retiraban hacia las posiciones próximas á Torre Geleli; v buscando, según mi costumbre, la causa recóndita de los hechos, me decía: "¿Cómo es que esas lagunas que teníamos por profundas, y que lo eran según el dicho de hombres entendidos en cosas de la Naturaleza, han resultado con hondura no mayor que la de medio cuerpo de un hombre? Misterios son éstos que no desentrañaremos mientras no nos sea dado penetrar los designios del Dios Unico, que gobierna el mundo así en las grandes como en las pequeñas cosas. Huir del examen y conocimiento de tales honduras, es el verdadero principio de sabiduría que debe guiar

al hombre discreto y virtuoso.

Pregunté por Abu Riala, no bien llegábamos á nuestras tiendas, y me dijeron que había consumado aquel día descomunales proezas, matando á multitud de cristianos, sin que le tocara el más leve rasguño. El corcel que montaba fué menos dichoso: quedó muerto. Para consolar al guerrero de esta pérdida, mandó Muley El Abbás que se le diese uno de los mejores caballos que tenía para su servicio, y luego ordenó que las músicas fueran á tocar junto á la tienda del héroe; honor y merced con que se hacía pública la virtud y merecimientos de un hombre tan excelso. Hasta hora muy avanzada de la noche oímos los dulcísimos acordes de las chirimías, pitos y tambores que daban serenata al soldado del Cielo.

No obstante ser considerables las pérdidas del Ejército de la fe en aquel día, no advertí descontento en los valientes soldados de á pie y á caballo. Por la noche, comentando la batalla, predominaba la opinión de que había sido victoria manifiesta, y no derrota como creían los menos en número, y los mal pensados y agoreros. Cierto que no habíamos tomado el fuerte de la Estrella; más los cristianos no habían avanzado una pulgada en sus posiciones... Cada paso valle arriba les había de costar muy caro... Debíamos dejarles subir, internarse, para exterminarles más á gusto. Esto decían, ¡Dichoso pueblo, que con el fuego de la creencia en Dios enciende el de la confianza en sí mismo! Nada teme: los obstáculos le enardecen. Nunca espera lo malo: sus ojos, iluminados por la fe, ven con tintas de rosa y azul los días venideros. ¡Pueblo noble y santo, digno de dominar toda la tierra!

¡Loor al Muy Alto! Invitado á cenar con el Príncipe, encontréle sombrío, como si no estuviera satisfecho del giro que llevaban las cosas de la guerra. Contaba, sí, con mayor contingente de tropas, que el Sultán le mandaría bajo la bandera del Príncipe Muley Ahmed Ben Abderrahman; contaba con el valor indomable de los montañeses, de los facíes y demás elementos de su Ejército; mas no tenía tranquilidad, viendo la creciente arrogancia de los españoles, sus obras de atrincheramiento, su poderosa artillería, y la perseverancia calmosa con que iban

conquistando el terreno. A esto le dije yo, para consolarle y levantar su ánimo, que la acción de aquel día me revelaba poca decisión de los cristianos para seguir adelante. Aparentaban más fuerza de la que tienen, y tras de su afectado coraje, se advertía el cansancio, y las ganas de volverse á su país. Movió la cabeza Muley El Abbás con expresión de tristeza dubitativa, y yo proseguí con mayor fuego de persuasión: "Creed que si alguna ventaja obtienen los enemigos de Allah, es porque Allah les favorece en apariencia para estimular el ardimiento de los fieles. Así el Profeta, en sus luchas contra los traidores, no se acobardaba ante los avances de éstos, sino que les dejaba llegar hasta donde podía destruirles sin que quedara uno solo para contarlo. En el Libro Santo encuentro ejemplos mil de esta consoladora táctica del Unico Dios. Ya sabéis que está escrito: "Satán había preparado sus batallas, y les decía: soy vuestro auxiliar y os hago invencibles. Mas llegado el momento, les volvía la espalda diciéndoles: Pereced ahora y sufrid los terribles castigos de Dios..., Seguid leyendo, y veréis que está escrito: "Hiriéndoles en el rostro y en el pecho, los ángeles quitan en un punto la vida á todos los infieles... y les gritan: Id á gustar las penas del Infierno.,

H

Y he aquí que el noble y sabio Príncipe me dice: "Pues eres tú creyente fervoroso, y á más de esto sabio en cosas mil de la tierra y del cielo, y tienes el don de elocuencia y gran influjo sobre las gentes, puedes prestar ahora un gran servicio á la causa del Mogreb. Te vas á Ojos de Manantiales, donde tienes tu casa y estancia de tu comercio, y ves si es cierto que están los habitantes inquietos y afligidos porque algunos riffenos revoltosos han cometido el delito de pillaje ó saqueo... Entérate de si las familias huyen de la ciudad temiendo ya la entrada de los españoles. Tengo por cierto que los judíos tratan de ir al campo cristiano en son de embajada para pedir á O'Donnell que no se detenga y se haga dueño de Tettauen, sin otro fin que proteger las vidas y haciendas de ellos, de los que recibieron las Escrituras, para venderlas después á precio vil.

—Cierto es -repliqué yo, —que Dios ordenó á los judíos que explicaran el Pentateuco á todos los hombres y no lo ocultaran. Mas ellos comerciaron indignamente con los santos libros... Pero un doloroso castigo les es-

pera.

—No les hables ahora de castigos—dijo vivamente el Príncipe,—ni pongas en tu lenguaje rencor ni amenaza, porque á decir verdad, están las cosas para que pongamos en práctica la conocida regla de ciencia vulgar: Sé como el caracol en el consejo y como el ave en la acción. Usarás con los hebreos un lenguaje benigno y amistoso, induciéndoles á permanecer tranquilos, sin ningún temor, y enterándote bien de sus pensamientos y de sus planes, que por muy escondidos que los tengan en el arca de su hipocresía, tú hallarás modo, con tu lenguaje astuto, de sacarlos afuera.

No fué preciso que me dijera más el augusto Principe, y decidí partir á la madrugada... En Ojos de Manantiales reanudo mi trabajo epistolar, tres días después de lo que anteriormente referí. ¡Loor al victorioso! Oid lo que digo: en cuanto llegué á este santo pueblo, no me dí paz para ponerme al habla con los tettuaníes pudientes y con los judíos altos y bajos. La verdad, á todos les hallé muy cariacontecidos. Respecto á saqueo y desmanes de los montañeses, supe que sólo en el Mellah (barrio de los hebreos) habían cometido algún desaguisado. Recorrí toda la ciudad; ví en algunas calles cofres y líos de ropa, señal de que algunas familias partían; no traté de disuadir á nadie, pues me habrían echado en cara que yo he mandado á los míos á Fez para recatarlos de todo mal...

En mi casa, sin más compañía que la de la esclava que quedó para mi servicio, he sentido la opresión del silencio, como losa que pesa sobre mi espíritu. La soledad de mi

vivienda, días antes embellecida y alegrada por seres queridísimos, dábame la impresión de estar emparedado en anchurosa tumba... No había más ruidos que los que yo llevaba en mi memoria: la risa jovial, cristalina, de mi adorada Puerta de Dios (Bab ellah), en quien cifro todos mis cariños; el habla dulce y discreta de mis otras dos mujeres, Quentza y Erhimo, á quienes tengo también grande afecto, y más que nada el pisar rápido, la inquietud traviesa y los chillidos deliciosos, como piar de pájaros, de mi hijo Ali Ben Sur y de mi encantadora niña Luzil-lah, á quien Dios hizo archivo de todas las gracias. La fatal guerra me ha obligado á separar de mí estas prendas queridas. Confinadas en Fez hasta que vuelva la paz, mi pensamiento vuela sin cesar á donde ellas moran, y trato de endulzar el amargor de la ausencia con la miel del recuerdo... Mi casa vacía de aquellas voces, vacía también de tan bellas imágenes, arroja sobre mí la pesadumbre fría de sus paredes, que no me deja respirar... Sea Dios benigno, y no me prive de mis mujeres y mis hijos. Ellas son buenas, recatadas, hacendosas. Superior inteligencia y bondad resplandecen en la sin par Puerta de Dios, dotada por mí con largueza v estimada en doscientas onzas españolas.

Me sobrepongo á la emoción para tomar disposiciones urgentes. Reviso mis papeles comerciales para no encontrar confusión en ellos cuando la paz vuelva á nuestro pueblo; escribo, á Fez ordenando que permanez-

can allí los camellos hasta mi aviso; dispongo que salga un propio con este mandato, y por él envío á mis hijos y á mis mujeres cajitas con amorosos regalos. Entrada la noche, me entrego al descanso, sueño con los tiros que oí en la batalla junto á los pantanos... oigo los alaridos de Abu-Riala... corro perseguido por cristianos que quieren hacerme prisionero... despierto en las angustias de mi huída fatigosa... cojo un rosario. y en ferviente oración recibo los consuelos de Allah, que con mano suave alivia mi corazón del anhelante susto... Por la mañana, después de los rezos y abluciones, salgo á recorrer la ciudad; visito una tras otra mis tres casas alquiladas, para saber si las abandonan sus habitantes; si alguno de ellos, al huir, ha dejado la puerta mal cerrada; si en los pasadizos de las calles hay hacinamiento de paja y estiércol. Me tranquilizó el ver que mis buenos inquilinos permanecen en la ciudad. A los tres endilgué un largo discurso sobre el peligro de los incendios en tiempo de guerra, y otro con diversidad de razonamientos para llevar á su ánimo la persuasión de que jamás entrarán los españoles en nuestra ciudad. Por las caras que ponían oyéndome, entiendo que les convencí. Son hombres de grande inocencia, por lo que Dios tendrá piedad de ellos.

Despachados estos asuntos, me dirigí al *Mellah*. Mi primera visita fué para *Yakub Mendes*, traficante en piedras preciosas, mi amigo desde que me establecí en Tettauen.

Encontréle muy afanado, con su mujer y sus hijas, recogiendo todo el material valioso que posee, aljófar, topacios, esmeraldas... Hacían paquetitos chatos que pudieran fácilmente ser cosidos en la ropa interior, para transportar consigo toda su riqueza en caso de forzosa partida. A Yakub y su familia prediqué la tranquilidad, la confianza en el Mogreb para desembarazarse de los españoles; pero no conseguí calmar su inquietud. Fácilmente había convencido á los pobres, que no tienen nada que perder; pero á los ricos, ¡Allah me conforte! no podía convencerles. Díjome Yakub que él conocía bien la fuerza de los españoles, por haber recorrido la Península sin fin de veces, y vivido en Córdoba, Sevilla y Madrid luengos días, y que no podía tener confianza en las fuerzas desorganizadas del Mogreb. Tan cierto era que O'Donnell entraría en Tettauen como que el Sol sale hoy, mañana y siempre; y el día de la entrada de los vencedores, lo que no habían saqueado los riffeños, lo saquearían los soldados de O'Donnell, á quien aplicó con malicia un refrán hebreo que dice: ni ajo dulce ni todesco bueno. Díjele yo que no es el General español de origen tudesco, sino irlandés, y él afirmó que lo mismo da, pues no tiene sangre andalús, sino de raza goética y normándica, que es la que más aborrece á Israel... En esto llegó á la casa un vecino de Yakub, llamado Ahron Fresco, usurero, y comerciante en especias y gomas de sahumar. De lo que hablaron uno

y otro colegí que la noche anterior habían celebrado una junta, en la cual se debatió si debían pedir á O'Donnell que les amparase contra los riffeños. No prevaleció tan traidora proposición, y por ello debemos dar gracias á Dios. ¿Pero quién se fía de esa gente? Con razón dice el Libro Santo: La confusión reina en los juicios hebreos, y sus acuerdos son como los remolinos del aire.

Sobre mis dos amigos descargué yo un diluvio de elocuentes razones, incitándoles á que por ningún caso solicitaran la protección del infiel español. Cuando más enardecido estaba yo en mi retórica, llegaron Tamo y Noche, dos hebreas de aquella vecindad, muy guapas, que tiraron de mí familiarmente para llevarme á su casa. No pude esquivar la premiosa invitación, y pasando del tugurio de Yakub al de Ha Levy Seneor, padre de las antedichas, éste, su mujer Hanna y las hijas, hablando los cuatro á la vez con desacorde griterio, me contaron que la noche anterior habían asaltado su casa tres desalmados riffeños, quitándoles veinte duros en moneda macuquina española, catorce pesetas columnarias, diez napoleones, y que por milagro (no quiso Dios que dieran con el escondrijo) no les aliviaron de la moneda de oro que guardaban. Después se surtieron de ropa blanca; lleváronse los dos chales mejores de Tamo, los zarcillos de Noche, que eran de filigre de Córdoba, y unas belghas (babuchas bordadas de oro). Traté de aplacar su enojo diciéndoles que

desde hoy se reforzará la guarnición con gente de confianza, y que todas las puertas de la ciudad se adornarán con las cabezas de los saqueadores... Sin detenerme á escuchar sus lamentaciones airadas, me fuí en busca de mi amigo Simuel Riomesta, hombre rico, influyente sobre la caterva de Israel, y pensaba yo que persuadiendo á éste, los demás quedarían desarmados de su co-

raje y repuestos de su miedo.

Iba vo por la calle más angosta y puerca del Mellah, para salir á la casa de Riomesta, cuando me sentí llamado por fuerte voz de mujer. Era Mazaltob (Afortunada), hebrea viuda de más que mediana edad, que desde su puerta echó sus gritos en mi demanda. Trafica en bálsamos por ella misma compuestos, y tiene fama de hechicera ó mágica, por su acierto en adivinanzas y su buena mano para curar enfermos con garatusas y oraciones, ayudadas de zumos de hierbas y raspaduras de huesos. En su juventud fué, según oí, más cautivante por sus decires agudos que por su hermosura. Lo que me habló fué de esta manera: "Te he llamado para decirte que la otra mañana, estando yo en prado de Almorain arrecogiendo herbas, topé á un mancebo ferido, que me demandó agasajo... Yo lastimosa le truje á mi casa, aonde me dijo ser español. Su nombre es Juan el Pacificante, y tié semblan de profeta... Anda en perdicación de la paz, y del campo cristiano echáronle por sus perdicas, y agora viene acá para que aproclamemos la paz y no la guerra... El es bueno, es sencillo, y el habla tiene bonica española, que

adulza el oído. Entra y verásle.,

Sospeché que el español de que me hablaba Mazaltob era espía, ó algún perdulario hambrón que viene so color de renegar para que le demos de comer. Insistió la hebrea en que su huésped no era nada de esto, y para calmar mis recelos me dijo: "Tú, que de achaque de españolerías sabes más que nadie, habla con él y asóndale... Yo no te asiguro que sea profeta; pero sí que por el su semblan y por su voz cantora lo parece. ¿No hubieron los cristianos un profeta que se llamó Juan? Pues cata que éste es lo mesmo, ó que viene en figuranza de quillotro...

—El profeta cristiano que dices es el que llamamos Yahia, hijo de Zacarías, varón de extremada virtud. Este será todo lo contrario: un pillastre, un embustero... Pero si, como dices, viene del campo de O'Donnell, no será malo que yo le coja por mi cuenta y le interrogue. Llévame pronto á la presencia de ese mancebo predicador de paces, que con verdades ó con imposturas algo ha de

decirnos que pueda sernos útil...

Cogiéndome del albornoz me metió adentro por obscuro pasadizo hasta una estancia humilde, y oliente á comida pasada, donde paredes y mueblaje parecían trasudar materia grasienta. Adelantóse ella por otro pasadizo, y luego volvió con estas razones: "Se ha quedado adormilado. Hoy anduvo luengas horas por la cibdad, calle adelantre, ca-

lle adetrás, y ha venido con cansera... Pero puedes entrar y verásle. Todo en él yace como muerto, menos la respiración, que vela como guardián en las puertas del rostro, boca y nariz, y ella es la que avisa cuando el ánima ida quiere volver á su casa., Entré con Afortunada en una estancia que de un patio sucio y ahumado recibía la luz, cernida por cortina roja, y sobre una cama que alzaba poco del suelo ví una estirada figura de hombre, derechamente tendida en todo su largo. Era el durmiente de poquísimas carnes y de más que mediana estatura, bien formado de esqueleto y miembros, por las partes que de él se veían. Peche y brazos tenía vestidos de una kmiya, y sobre ella un caftan amarillo rayado, que se recogía en la cintura y muslos, dejando ver las piernas al aire. Su cabeza me pareció perfecta; bello y afilado el rostro, con una barba leve, que más parecía pintada que nacida. Barba y pelo eran negros, y el color de la piel como el de madera de olivo, con ligero bruñimiento y lustre de cosa embalsamada.

Yo me senté, pues muy á propósito hallé un taburete junto á la cama. Maza'tob me dijo: "Hablemos en voces altas para que se acuerde,, y rompió en gritos... No pasó mucho tiempo sin que el dormido despertara, lo que sucedió abriendo él los ojos, y quedando rostro, cabeza y cuerpo en completa inmovilidad. Primero vió y miró á su patrona, después á mí, y su mirada estuvo posada en mí largo tiempo, sin querer desclavarse

de mi faz... Habléle yo en árabe preguntándole á qué había venido, y él no respondió con discurso, sino con una rápida incorporación, clavándome otra vez los ojos, negros y con luz como los carbones encendidos. De veras me hizo pensar en el profeta cristiano Yahia, hijo de Zacarías, en quien Dios puso el signo de su predilección, y de él dice el Libro Santo: Escogido fué para enseñar á los hombres la paz.

III

Como no daba señales de entender el árabe, le hablé en su lengua, obedeciendo á Mazaltob que me decía: "Háblale en español bonico y de son pacible., Sentado en el lecho, Yahia, sin pronunciar palabra, me tocó-en el brazo, en la rodilla, como si quisiera con el tacto completar el examen que sus ojos hacían de mi persona. Por fin oí el metal de su voz. A mi pregunta de si le gustaba nuestra tierra, contestó que le agrada porque en ella todos los hombres se tratan de tú, señal de la completa igualdad ante Dios, y porque el Islam y el Israel practican su fe sin estorbarse el uno al otro. Esta paz entre las religiones le sorprendía y le encantaba. Después me dijo: "Oigo tu lenguaje como una música triunfal, y veo tu rostro como un rostro amigo.,

A mi pregunta sobre los motivos de su pe-